



Capítulo 1

ALIMENTO DE TINIEBLAS

Sobre las montañas Páramo corrían muchas advertencias, historias de fantasmas y espectros que habían quedado ligados a la tierra tras una muerte trágica. Sin embargo, nadie había advertido del frío a Reina. Nadie le había dicho que el aire se le colaría por las insuficientes capas de la camisa y la chaqueta, ni que habría de dar inspiraciones mínimas, apenas resquicios del aliento necesario para mantenerse con vida que la dejarían con más ansias de saciarse de aire. No le habían dicho que cruzar las Páramo se le antojaría un viaje sin final.

Las montañas se alzaban frente a ella, con los picos cubiertos de polvo de azúcar bañados por las tonalidades violáceas del crepúsculo inminente. Se abrían tras ella como interminables colinas ondulantes cubiertas de arbustos quemados por el frío y frailejones protuberantes que se alzaban solitarios en un territorio que quizá era demasiado frío o alto para acoger cualquier otro tipo de vida.

Un viento helado la impulsó hacia delante con una sacudida. Reina cayó de rodillas como si de una niña asustada se tratase. Se le agrietaron las costras y su sangre pintó líneas rojas en la roca escarpada sobre la que había caído. Aun así, su cola prensil se enrolló alrededor de la roca y la ayudó a recobrar el equilibrio. Tras re-

unir el coraje necesario para proseguir el ascenso, divisó una neblina gris de humo en la lejanía. La esperanza la embargó. Donde había fuego habría una hoguera, lo cual significaba que la civilización no quedaba muy lejos.

El camino frente a ella era traicionero, aunque igual que el que ya había recorrido. Reina estaba segura de que bastaría un día más de caminata para llegar a los valles inferiores. Se consolaba en su soledad imaginando la cama cálida de alguna posada. Se entretenía con ensoñaciones en las que alcanzaba las granjas que circundaban Sadul Fuerte, en las que llegaba por fin a la ciudad y podía confiarle el motivo de aquel viaje al primer desconocido que se lo preguntase. Se imaginaba sacando la invitación con el sello de cera malva de la familia Duvianos, los elegantes bucles cursivos de la letra de doña Ursulina Duvianos, que la invitaba a ir a visitar a aquella abuela a quien no había llegado a conocer por culpa del corazón roto de su propio padre. Sacaría del bolsillito del pecho la insignia dorada que le habían entregado junto con aquella misiva, la cual demostraba que la carta era legítima.

El medallón grabado era una representación en metal del emblema de los Duvianos: una flor de azahar coronada por un sol rojo que se alzaba en un cielo malva. Reina reconocía el emblema porque lo había visto en las chaquetas y en la correspondencia que su padre conservaba de sus días como revolucionario, antes de haber renunciado a su antigua vida. Juan Vicente Duvianos jamás había hablado mucho de su madre, su abuela, y en las ocasiones en que había soltado la lengua se había referido a ella con un rencor y una decepción propios de un cisma. Incluso tras la muerte de su padre, había dejado por imposible la perspectiva de encontrar una familia junto a su abuela. Sin embargo, al leer las palabras que la invitaban a acudir a la lejana mansión de los Águila, donde trabajaba doña Ursulina, empezó a dudar de quién habría repudiado a quién en realidad.

El frío le dolía en los huesos y la montaña se rebelaba contra ella, pero Reina se aferró a su objetivo y se recordó el motivo por

el que se había decidido en un principio a huir hasta Sadul Fuerte. En Segolita no era más que una nozariel desempleada que subsistía gracias a la caridad de los humanos. Las leyes que permitían que los humanos tomaran como esclavos a los nozariel habían cambiado, pero las viejas costumbres permanecían. Con sus casitas medio derruidas de fachadas barrocas descascarilladas y aquellas calles embarradas de mierda y de las lluvias más recientes, Segolita había sido tanto su hogar como su infierno personal. Pero ya era mayor de edad, demasiado mayor para la familia para la que había trabajado como criada en la recocina cuando, por casualidad, el primogénito de la familia se había fijado en ella. Demasiado indeseable como para que cualquier otra familia o jefe humano accediese a darle un trabajo. Aquella invitación había supuesto una oportunidad, una esperanza.

El camino llegó a una encrucijada en la que un nudoso árbol pelado sostenía dos maderos que señalaban sendas direcciones: Apartaderos, al norte, de donde venía Reina; y Sadul Fuerte, al oeste. La recorrió un escalofrío; el aire soplaba más frío y las sombras se alargaban. Del cielo habían desaparecido ya aquellas franjas de malva que, imaginaba, debían de haber inspirado el emblema de los Duvianos. El ocaso empezaba a extenderse por las montañas y con él venían el aullido del viento y unos ladridos lejanos que la inquietaron.

—En las Páramo no hay nada aparte de frailejones y demonios —le había advertido el dueño de la posada que había a los pies de la montaña, mientras negaba con la cabeza en gesto de desaprobarción.

De buena gana cambiaría los diablos de Segolita por los fantasmas de las Páramo.

Lo último que quería hacer era acampar allí a pasar la noche, pero el camino que se abría ante ella era largo y aún más traicionero de noche. Reina se desvió del gastado sendero y siguió el curso de un pequeño arroyo en busca de alguna oquedad o refugio donde guarecerse. El arroyo se internaba entre una espesura de

frailejones. Cada árbol se alzaba hacia el cielo entre racimos de hojas suculentas y velludas. Siguió el curso del arroyo y arrancó algunas hojas marcescentes de los troncos de los frailejones para hacer una hoguera. La noche estaba muy silenciosa. Las bocanadas de aliento condensado y algún que otro paso que quebraba la maleza eran lo único que perturbaba aquella quietud mortal, lo cual resultaba extraño. Hacía apenas unos instantes, había percibido la cacofonía creciente de la noche: grillos y croares de anfibios, así como el ululato ocasional de algún ave. La luna se alzaba y su luz creaba estrambóticas formas bípedas con las sombras de los árboles al pasar.

Se oyó el chasquido de una rama. Se detuvo, pensando que debía de haber sido el viento. Sin embargo, un nuevo crujido le erizó el pelo de la nuca. Giró sobre sus talones. No había nada aparte de la luna y de las sombras que esta creaba. El miedo la embargó. Las sombras respiraban. Como si pretendiesen darle caza.

El silencio se rompió al quebrarse una segunda rama. Reina echó a correr.

Tras ella se oyeron gruñidos guturales acompañados de fuertes pisadas. Con la sangre galopándole en los oídos y pánico en el corazón, avanzó tan rápido como pudo entre la maleza. ¿Habría osos en las Páramo o quizá leones? Aquellos sonidos eran húmedos; la criatura que la perseguía sonaba como si fuera voluminosa. Reina miró por encima del hombro y soltó una maldición porque había tenido que aminorar la marcha para mirar. Vio una sombra coronada por una profusión de cuernos. Soltó un chillido y, en ese instante, tropezó con una raíz que sobresalía del suelo.

Un dolor punzante le recorrió el tobillo, pero no tenía tiempo para recomponerse. Se obligó a levantarse en el mismo momento en que varios pares de fuertes pisadas se unían a la persecución. Los árboles pelados se cernían sobre ella, aquellas hojas marcescentes se alargaban como garras en un intento por tironearle de las ropas. Arbustos espinosos le abrieron tajos en gemelos y tobillos. La niebla cubría la montaña. Incapaz de ver nada,

Reina tropezó con una zanja. Les lanzó otra mirada a sus perseguidores mientras volvía a ponerse en pie a duras penas. Tenían forma humana, eran bípedos, con largas extremidades desnudas y cubiertas de la mugre de la espesura. Tenían orejas bovinas y cuernos curvos de cabra. La luz de la luna iluminó varios ojillos que reflejaban una resolución inequívoca: el deseo por devorar. Sin embargo, lo peor de todo, lo que consiguió que Reina comprendiese que aquel sería el brutal y sangriento final de su viaje, eran las fauces sonrientes. Tenían unos dientes romos, como los de un humano, pero la mandíbula colgante de cada monstruo albergaba el doble de dientes de lo normal.

El primero de ellos la agarró tirándole de la cola. Aquel tacto frío y pegajoso le drenó todo el calor del cuerpo. La criatura la lanzó contra un arbusto; las espinas se le clavaron en el costado y le rajaron las mejillas.

Reina enarboló su cuchillo, que en realidad era un juguete oxidado y poco fiable que había traído consigo para despellejar a algún animal que cazase, no para luchar. Con un grito intentó lanzar un tajo a las extremidades de sus atacantes, sin éxito alguno. Estos la contemplaron y soltaron un gruñido en forma de risotada, un sonido retorcido que parecía provenir de su propia imaginación. Era como si aquellos seres tuvieran un pie en este mundo y otro en el Vacío. Las lágrimas le rebasaron los párpados y emborronaron aquella noche que ya era negra de por sí. Le arrebataron el cuchillo de un manotazo y sus garras le rasgaron las ropas y la piel.

Desesperada, le lanzó una patada con todas sus fuerzas a uno de ellos, que cayó hacia atrás. Reina se puso a cuatro patas y dio un salto en busca de un modo de escapar. Uno la aferró de la trenza para luego agarrarla de la cola, otro la sujetó de la muñeca, mientras que un tercero echaba mano del cuello de la chaqueta y la rasgaba de un tirón.

—¡Dejadme! —chilló con impotencia, pues sabía en lo más profundo de su ser que no habría modo de que parasen hasta que se hubiesen saciado por completo con ella.

Una de las criaturas le clavó los dientes en la carne y Reina soltó un chillido. En un instante, su rostro estaba cerca de ella, con unos ojos vacíos que no reflejaban más que un instinto primario; y al siguiente le rasgaba la piel, el músculo y los tendones del antebrazo.

Un dolor lacerante la recorrió y sus gritos reverberaron por toda la montaña. El otro monstruo le rasgó la camisola de algodón. La insignia de su abuela salió volando por los aires, y Reina la atrapó al vuelo, ya fuese por instinto o por puro milagro. Notó el peso en la mano. Golpeó con todas sus fuerzas a la criatura que le mordía el antebrazo y le plantó el emblema de su familia en la frente enfermiza.

Al impactar, un resplandor se derramó de la insignia. Una burbuja de luz amarilla cubrió a la joven y a las criaturas que la devoraban. Quedaron revelados sus cuerpos lampiños, cubiertos de ronchas y forúnculos negros. La luz brotó de la insignia como las aguas de un manantial. Allá donde iluminaba, aquellas repugnantes pieles crepitaban y humeaban, y las criaturas se deshacían en siseos húmedos y agónicos.

Aquellos seres eran implacables. Sus garras intentaron hendirle el pecho como si buscasen algún tesoro en su interior; le arañaron las costillas, la última línea de defensa que le quedaba. Reina apartó aquellos brazos mucosos con la insignia brillante. La movió a la izquierda y luego a la derecha para que la luz los repelese. Ensangrentada y magullada, se puso en pie como pudo y retrocedió a duras penas. Los monstruos permanecieron justo en el borde de la luz que emitía la insignia, aunque sus gruñidos la seguían. Ansiaban la carne, pero había algo en la luz que les impedía acercarse.

Los frailejones se abrieron hasta formar un claro bañado en luz de luna. Reina entró cojeando en el claro, mientras presionaba los restos desgarrados de la camisola y la chaqueta con el brazo maltrecho contra la herida ensangrentada que tenía en el pecho. Con el otro brazo movía a un lado y a otro la insignia, como si de

la luz de un faro se tratase. No estaba segura de si los monstruos la seguían.

A trompicones, delirante, pisó un trozo de terreno montañoso más suelto y las piedras cedieron bajo su pie. Resbaló. La cabeza y las articulaciones chocaron contra rocas y zarzas, y acto seguido empezó a rodar entre derrubios ladera abajo. Cuando consiguió detener la caída, dio una bocanada desesperada en busca de aliento y se dobló sobre sí misma en posición fetal. De puro milagro no se había roto ni la columna vertebral ni el cráneo. Había sobrevivido, de alguna manera. Sin embargo, le dolía hasta el último centímetro del cuerpo. Quizá, solo quizá, habría sido preferible morir.



—¿Otra más?

—No... Es una persona.

Las voces reverberaron en el enorme vacío de la oscuridad en la que se encontraba Reina y la sacudieron. Dio una gran bocanada de aire helado del páramo y la garganta se le llenó de mugre. La claridad del cielo nublado la cegó al girar la cabeza, movimiento que la recompensó con una punzada de dolor. Descubrió que descansaba sobre un lecho musgoso. Un escarabajo correteaba peligrosamente cerca de sus pestañas. Se enderezó y un dolor agudísimo le atravesó el brazo. Tenía un mordisco ensangrentado y enorme en el antebrazo.

Por poco no se la habían comido.

Las lágrimas le nublaron la vista. Sintió un renovado impulso de sobrevivir. Soltó un gimoteo como respuesta a aquellas voces, que se aproximaron tras unos cuantos pasos que sonaron más bien a chapoteos. El esfuerzo de emitir aquel sonido vino acompañado de un dolor atronador en el pecho, que estaba cubierto de sangre seca y colgajos de piel que apenas se mantenían en su sitio. Se llevó una mano a la herida temblando. Aquella piel maltrecha

le escocía, pero el dolor provenía de dentro. Era un dolor lacerante. Incluso el simple movimiento de acurrucarse hasta formar una bola con su propio cuerpo para que no se le saliera el alma por la herida le supuso una tortura. Volvió a proferir un gemido. Jamás conseguiría llegar a Sadul Fuerte.

Los pasos llegaron hasta ella. Alguien la agarró del hombro y la giró para echarle un vistazo.

De su pecho quiso brotar un «¡No!», pero no le quedaban fuerzas para resistirse.

—Esta está casi muerta —dijo un hombre.

—Pero no del todo —repuso la segunda voz, que pertenecía a una mujer que se agachó junto a ella.

Unos guantes de cuero le limpiaron a Reina la mugre de las mejillas. Un arrullo susurrante intentó calmar sus sollozos.

Un par de ojos azules la contemplaron. Eran brillantes como los cielos soleados de Segolita en los días en que no había ni una sola nube que los mancillase. La mujer tenía la piel pálida y nariz afilada. Un flequillo negro le cubría la frente y llevaba el resto del cabello sedoso sujeto en una coleta en la coronilla. De la parte superior de su cabeza brotaban un par de astas cortas, suaves y del color del alabastro.

Aquella joven era una valco.

Reina no se lo creía... Poder ver una valco en carne y hueso, por más que fuera cuando estaba a punto de morir.

La mujer le pasó la mano por encima del pecho sin llegar a tocar la herida.

—Te han atacado unas tinieblas, pero has sobrevivido. ¿Cómo lo has conseguido?

—Yo no diría tanto como sobrevivir —indicó el hombre a su espalda, al tiempo que se cubría la nariz con el antebrazo embutido en una chaqueta.

Él también tenía un par de astas, pero las suyas eran más altas, mejor desarrolladas, con bordes afilados que sin la menor duda servirían a la perfección para empalar a cualquiera. Tenía el

pelo del tono argénteo de un cielo nublado. Llevaba una armadura de cuero hervido que asomaba por debajo de su ruana, un manto negro de forma triangular que lo cubría del cuello a la cintura.

—Este despojo es una nozariel —añadió el hombre tras fijarse en la cola de Reina. Esbozó una mueca; la típica reacción de los humanos al darse cuenta de que sus padres no se la habían cortado al nacer para adaptarse mejor. Quizá los valcos pensaban igual.

Aquella pareja tenía otros compañeros, que se mantenían algo más alejados, a la espera de órdenes, o bien vigilando.

—La podredumbre la matará de un modo u otro. Déjala donde la has encontrado —dijo el hombre.

Reina alargó la mano y agarró sin permiso la de la mujer.

—Ayuda —suplicó—. Por favor.

—¡Suéltale la mano!

—Ay, cállate ya, Javier —rezongó la joven.

No podía ser mucho mayor que ella, pero era hermosa, tenía el porte regio con el que imaginaba que criaban a las princesas del Imperio segolano. Al igual que el tal Javier, ella también llevaba una ruana de lana, tejida en colores azules y blancos, con flecos que decoraban los bajos. En aquel momento se desprendió de ella y envolvió a Reina en su calor, su aroma.

—¿Acaso no te interesa saber cómo ha sobrevivido a las tinieblas? Intentaron arrancarle el corazón.

—Pues la verdad es que no, no me interesa. Las hemos espantado. No tenemos nada más que hacer aquí.

El pánico borboteó en el vientre de Reina. Sabía lo que implicaba la mirada de aquel hombre. Había recibido miradas como esa una y otra vez en Segolita. Era el modo en que la gente solía mirar a los nozariel heridos o hambrientos en las calles. Iban a dejarla morir allí porque parte de ella no era humana.

Le palpité el corazón de pura impotencia. Los espasmos volvieron a adueñarse de su pecho y le arrebataron las palabras con las que podría haber suplicado piedad. Las lágrimas le corrieron

por las mejillas al tiempo que alzaba la insignia grabada con la mano mordida. Aquella alhaja estaba medio cubierta de sangre seca, de su propia sangre, pero la suave luz que emitía era inconfundible. Una magia cálida latía desde el interior del metal.

La mujer compuso una expresión inquisitiva que le dio un aspecto aún más hermoso. Tomó la insignia, a pesar de la sangre seca.

—Es el escudo de armas de los Duvianos —dijo.

Se puso en pie y se llevó la insignia consigo para enseñársela a sus compañeros.

—No..., por favor —imploró Reina, desesperada, para que no la abandonasen. Volvió a sentir aquel dolor ardiente en el pecho, como un castigo. Gimoteó y se retorció de pura agonía como se retuerce un gusano bajo el sol.

—¡Javier, tienes que sanarla! —Las palabras de la mujer sonaron débiles, lejanas—. Hazle un sortilegio de galio.

La nozariel no fue capaz de mantener los ojos abiertos más tiempo. Sabía que se iba, se iba.

—¿Te parece que tengo aspecto de enfermera?

En cierto modo, Reina agradeció que todo se apagase.

—Por favor, haz como si tuvieras aunque sea una gota de sangre humana, solo por una vez en la vida. Es una orden.

Reina había fracasado en su viaje justo cuando iba a llegar a Sadul Fuerte. Había sido una idiota por pensar que podía escapar a su destino.

—Haz el favor de no hacerle caso a sus desvaríos, Celeste. Este despojo no es más que una ladrona nozariel. ¿Cómo si no iba a acabar con un objeto así?

Los dedos temblorosos de Reina fueron a su chaqueta desgarrada y sacaron la carta. Le quedaban fuerzas para pronunciar unas últimas palabras. Si aquello iba a ser el fin, más le valía que las dijese:

—No soy ninguna ladrona. He venido en busca de mi abuela, Ursulina Duvianos.